

// Artículos //

Memoria y exilio en la literatura argentina contemporánea: una matriz filiatoria. El caso de Alcoba y Swaig

Lorena Rojas¹

Recepción: 30 de octubre de 2023 // Aprobación: 29 de noviembre de 2023

Resumen

El presente artículo pretende analizar el vínculo entre el exilio producido durante la última dictadura militar argentina y la infancia, pero también cómo esa experiencia exiliar reconfigura las infancias de las hijas de militantes de los años 70 que nacieron o crecieron en el exilio político. La forma en que esto se narra en un breve corpus autoficcional, la trilogía de Laura Alcoba y la primera novela de Mónica Swaig, permite abrir interrogantes sobre un campo que desde hace ya algunos años comenzó a tener relevancia atendiendo a la configuración de las infancias afectadas directamente por el terrorismo de Estado. El lugar de la enunciación de estas obras permite indagar qué ocurre con la lengua materna en un nuevo territorio lingüístico a partir del desplazamiento: Argentina-Francia, Francia-Argentina.

Palabras clave

Exilio - memoria - infancia - posdictadura - literatura de hijas

Abstract

This article aims to analyze the link between the exile produced during the last Argentine military dictatorship and childhood, but also how this exile experience reconfigures the childhoods of the daughters of militants of the 1970s who were born or grew up in political exile. The way in which this is narrated in a brief autofictional corpus, Laura Alcoba's trilogy and Mónica Swaig's first novel, opens up questions about a field that for some years now has begun to be relevant in terms of the configuration of childhoods directly affected by state terrorism. The place of enunciation of these works allows us to investigate what happens to the mother tongue in a new linguistic territory after the displacement: Argentina-France, France-Argentina.

Keywords

Exile - memory - childhood - post-dictatorship - daughter's literature

¹ Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Estudiante del Doctorado en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Becaria Doctoral de UNAHUR-CONICET. Docente en el Instituto de Educación Superior N 1 "Dra. Alicia Moreau de Justo". E-mail: lorenayisellrojas@gmail.com

Introducción

Hay adultos que necesitan recuperar su infancia y
no tienen juguetes para hacerlo.
Era tiempo de plantar raíces con las que identificarnos.
Mónica Swaig, Una familia bajo la nieve.

El exilio configura una forma particular de desplazamiento que ha marcado nuestro pasado más reciente y que generó, y sigue generando, nuevas narrativas ligadas a la memoria. En la Argentina el estado de excepción provocado por la última dictadura cívico-militar (1976-1983) dio como resultado un gran número de exilios políticos. Luego de décadas de transcurrido el último golpe, las y los hijos pertenecientes a la llamada “segunda generación”² plasmaron a través de diferentes representaciones artísticas las experiencias del horror. Entre ellas se encuentra lo que podríamos llamar “memorias del exilio” que nos permiten reflexionar y preguntarnos por las marcas en el lenguaje, en los cuerpos y por los caminos que esos hijos e hijas tuvieron que atravesar como parte de la experiencia exiliar. Como señalan Eva Alberione y Candela Gencarelli, retomando a Jelin, las narrativas memoriales están estrechamente vinculadas con los diferentes momentos históricos ya que emergen en función de determinadas coyunturas: Estas memorias diversas [...] que en muchos casos han permanecido soterradas durante años a la espera de contextos o condiciones favorables para su emergencia, demuestran el carácter construido y cambiante de los sentidos otorgados al pasado, que se torna así un territorio en disputa (2023, p. 116).

² Esta manera de hacer referencia a los y las hijas de militantes desaparecidos o asesinados por la última dictadura no es por supuesto la única ya que es un concepto discutido en términos de la implicancia que posee. Existen otras formas de llamarlos: 1.5 generación, postgeneración diaspórica, generación posdictatorial, generación de la posdictadura, exiliadxs hijxs, etc. Estas variaciones sobre la terminología pueden verse en textos tales como: *Dos preguntas para un recuerdo: interrogantes para abordar las memorias de infancia durante las últimas dictaduras en Argentina y Uruguay* (2021) de Fira Chmiel y en el libro *Infancias La narrativa argentina de HIJOS* (2019) de Teresa Basile. Por su parte, Mariana Norandi (2023) en el artículo *Las narrativas de las hijas exiliadas no retornadas uruguayas: un exilio contado en primera persona* sostiene que el término “segunda generación” quita el poder de agencia de las y los hijos y propone para abordar la literatura de hijas del exilio el término “hijas exiliadas no retornadas”, ya que según la autora estas pasan de ser “acompañantes” a ser exiliadas, o sea, son agentes de su propia experiencia. A lo largo de este análisis utilizaremos, siguiendo a Basile, el término “segunda generación”: “Creo conveniente mantener el concepto de “segunda generación” ya que las diferencias con la primera generación son notables e insalvables [...]. El punto de confluencia entre las dos generaciones es, sin duda, el carácter de víctima que alcanza, aunque de diverso modo, a ambas” (2019, p. 39); pero incluiremos también el concepto de “hija exiliada no retronada”, desarrollado más recientemente, para referirnos particularmente a los casos analizados ya que consideramos que viene a precisar el poder de agencia de las víctimas hijas.

El resultado de estas experiencias tan heterogéneas entre sí permite, en nuestro caso, trazar un mapa *entre* dos territorios lingüísticos, el francés y el español, en un deslinde permanente a partir del cual es clave el tránsito de los sujetos que ha llevado, en algunos casos, a adoptar una lengua nueva, a hacerla propia en sus dimensiones más materiales, en su estructura, en sus sonidos y a la vez, en la adopción de costumbres, de modos, de formas de pensar: pensar en francés, pensar en argentino. La experiencia exiliar difiere así de la de la primera generación, la de sus padres, y permite abrir un campo de análisis para pensar qué sucedió con esas hijas nacidas en el exilio o aquellas que se exiliaron con sus padres.

Para enmarcar el surgimiento de estas obras puede tomarse como punto de referencia la creación de la agrupación H.I.J.O.S a mediados de los años 90. Como señala Cecilia Gonzáles, hubo durante esos años “una transformación del régimen memorial” (2018, p. 114). En esa misma línea Victoria Daona (2021) sostiene que la fundación de la agrupación fue clave para que pudieran gestarse estas narrativas. Estas obras se encuentran ligadas no solamente por la aparición de ciertos tópicos comunes, por su condición de testimonio y por su ruptura con respecto al uso de ciertos procedimientos, sino también porque por primera vez las ficciones tematizan la crítica a la cúpula de Montoneros, el rol de las mujeres militantes y la maternidad, a la vez que muchas de ellas están narradas desde la ironía, el humor, el sarcasmo o desde la infancia, entre otros. En este sentido, Teresa Basile (2019) menciona dos momentos en la narrativa de hijos: uno, a mediados de los años ‘90, donde aparecen las voces de ex militares y militantes, allí opera lo que Cecilia Gonzáles (2018) denomina “una transformación del régimen memorial” en el testimonio militante; y un segundo momento, a comienzos del Siglo XXI en el cual las narrativas “cruzan matrices genéricas” para realizar el trabajo del duelo poniendo en cuestión la imposibilidad de una memoria total ya que se crean narrativas heterogéneas, compuestas por fracturas y discontinuidades. De esta manera, es a través de la ficción que estas hijas pueden producir algo nuevo:

Eso que se conoce como ficción —que también utiliza registros testimoniales e históricos— ofrece una mayor ductilidad y riqueza como herramienta de conocimiento, no es lo opuesto de la verdad sino un trabajo con el lenguaje y el sentido. El arte *también es acontecimiento*. Las ficciones son, en tal sentido, un acontecimiento que produce verdades, e inciden en lo real (Lespada, 2018, p. 20; las cursivas se encuentran en el original).

En los últimos años la experiencia exiliar de las hijas e hijos se ha reconocido como un acto de violación a los Derechos Humanos sobre las infancias exiliadas y apropiadas. Por su

parte, la figura de la “exiliada hija” (Norandi, 2023) tensa el concepto de exilio ya que inscribe en el campo literario reciente una forma diferente de construir un relato propio y permite correrse del lugar de hijas exiliadas pensadas como una extensión del exilio de sus padres ya que estas tienen capacidad de agencia que plasman en sus testimonios. Aquí podemos retomar aquello que señala Ernesto Semán acerca del escribir como una forma de “reordenar las marcas que lo definen en ese acto” (2018, p. 156).

Para nuestro análisis tomaremos la trilogía de Laura Alcoba (1968) compuesta por *La casa de los conejos* (2008), *El azul de las abejas* (2015) y la *Danza de la araña* (2017), todas escritas por su autora en francés y luego traducidas al español, y *Una familia bajo la nieve* (2021) de Mónica Swaig (1981).

La trilogía de Alcoba narra su exilio argentino y sus primeros años de adolescencia. Sale del país a los diez años hacia Francia, donde se encuentra con su madre. Ambas habían vivido de manera clandestina en una casa de La Plata donde aparentaban vender conejos al escabeche, pero era en realidad el lugar donde se imprimía el periódico *Evita Montonera*. Ellas logran escapar apenas unos días antes del ataque de un escuadrón a la casa que mató a los compañeros de militancia de su madre salvo a la pequeña Clara Anahí (hija de Diana Teruggi y Daniel Mariani, que aún no pudo ser recuperada) y a Daniel quien fue asesinado meses después.

En el caso de Mónica Swaig, sus padres se exiliaron con sus hermanos más grandes en el año 1976 a Francia y se instalaron en los suburbios de París, en los monoblocks (igual que Laura). Su padre, Juan Zartoriusky, militaba en el movimiento revolucionario Movimiento Revolucionario 17 de octubre y luego de que una noche un grupo armado fuera a buscarlo la madre de Mónica tuvo que pasar a la clandestinidad por más de un año con sus hermanos más grandes. Mónica nació en Francia, estudió abogacía con orientación en derechos humanos por lo que al llegar a la Argentina a sus 26 años trabajó en los juicios de lesa humanidad. Si Laura jugaba a ser militante, Mónica, ya más grande, jugaba a ser detective.

Estas novelas son interesantes para elaborar una especie de desplazamiento invertido no sólo en relación al aprendizaje de una lengua nueva en una tierra ajena sino por el desafío que representa narrar aquella historia familiar y la experiencia del destierro.

La construcción de los relatos de las exiliadas hijas

Las obras analizadas se estructuran a partir del exilio y del intento por hacer propio ese país al que se llega, desde la desesperación a veces, desde el placer otras. La lengua extranjera, la prueba de fuego para ser una verdadera francesa o ser algo argentina puede ser una lengua

escurridiza, incomprensible por momentos, foránea, pero que ayuda a olvidar la lengua del terror. En la obra de Alcoba, el español es la lengua interdicta ya que representa el miedo a hablar porque eso puede implicar la muerte, pero en el caso de Swaig es la lengua a la que se intenta entrar como forma de volver al pasado de los padres para recuperar aquello de ese origen familiar que representa un tabú, que se halla enterrado, censurado, obturado.

Por otra parte, como sostiene Cara Levey: “Puede observarse una tendencia, tanto por parte de las personas exiliadas como de la sociedad en general, a minimizar los efectos psicológicos y sociales a largo plazo del exilio, así como su impacto, también a largo plazo, sobre la segunda generación” (2023, p. 101). Es por esto que las narrativas de las hijas exiliadas son fundamentales, ya que dan cuenta de algo que no aparecía en los testimonios ligados a la última dictadura.

Como mencionamos anteriormente, las narrativas exiliares adquieren otras formas posibles de contar el trauma, de reflexionar sobre el lenguaje, de intentar narrar lo que parecía inenarrable aún décadas después, siendo ya adultas en una temporalidad diferida, y por eso en ese narrar hay un distanciamiento que conforma una *enunciación situada*. También asumen la tarea de despegarse, en algún sentido, de la narrativa de los padres, de su pasado militante y asumen, ya como víctimas de la última dictadura argentina, otra voz, la suya propia, ese yo que configura entre el testimonio y la ficción una manera de contarse. Estas obras son fragmentarias, son abiertas y, por ello, siempre errantes. Ese entretejido de voces y recuerdos se conforma como un *espacio biográfico*.

Tanto en la trilogía de Alcoba como en *Una familia bajo la nieve* aparece la idea de rellenar aquellos huecos que habitan el recuerdo de su infancia, pero también de la adolescencia y juventud. Los hiatos de estas historias hay que inventarlos y hasta darle forma de alegato en un juicio de Lesa Humanidad para narrar el secuestro del padre. Retomando a Leonor Arfuch:

Pero es la concepción dialógica bajtiniana, que aúna respuesta y responsabilidad, la que nos ayuda a comprender que esas voces responden, cada una a su modo, a la inquietud memorial que dejó como impronta ese pasado. Una inquietud que no se agota en este pantallazo [...] sino que deja afuera un “exterior constitutivo”, según la clásica expresión, cara a Derrida otras memorias en conflicto en una sociedad que –como todas– dista de ser una totalidad reconciliada (2016, p. 17).

Para pensar los vaivenes en la construcción de los relatos de hijas de militantes perseguidos durante la última dictadura es importante apelar al concepto que desarrolla Levey (2023) ligado a los “territorios lingüísticos” como aquellos espacios que dan forma a la experiencia de la infancia y la configuran, no sin generar en esa relación entre la recién llegada una tensión respecto de la integración social. La dificultad con las que estas niñas se encuentran dista del exilio idealizado, el “exilio dorado”³, que desarrolla tanto Cara Levey (2023) como Marina Franco (2008). Dice la narradora de *Una familia bajo la nueve*:

Cuando llegué acá, quería a toda costa convencer a los abuelos de que nosotros también habíamos sufrido en Francia, de que era muy injusto haber crecido sin ellos [...] Nunca entendieron que el exilio era como un herpes: una marca vergonzosa con poca importancia para los demás, pero que te hace sentir feo. El abuelo nunca me demostró que me entendía (2021, p. 131).

Las secuelas del “desarraigo temprano” que mencionan Alberione y Gencarelli (2023) se plasman en estas obras desde la mirada de la pequeña Laura que nos cuenta cómo fue esa experiencia, pero también se evidencian las marcas del desarraigo heredado en el caso de *Harmónica*. Lo que nos interesa pensar es ese movimiento invertido: Buenos Aires-París en el caso de Alcoba, y Francia-Buenos Aires en el caso de Swaig, es un viaje/desplazamiento opuesto que se produce en estas obras. El país que se deja y el país que las recibe. Pero, mientras en el caso de Laura Alcoba no elige el exilio, sino que le es impuesto, Mónica Swaig elige venir a la Argentina en busca del pasado de sus padres, pero también del suyo. El silencio acerca de las raíces y el escamoteo constante de la información hace que *Harmónica* quiera ir en busca de sus orígenes que sus padres habían borrado. Los orígenes familiares que los padres intentan borrar con ayuda del tiempo, al punto de no nombrar la palabra “Argentina” salvo cuando se habla del dulce de leche. En ambos casos el español es la lengua censurada ya que recuerda el país del cual huyeron. Es la lengua en la que aprendió a callar, ese disciplinamiento de la palabra es también del cuerpo, nos dice la protagonista de *La casa de los conejos*:

³ Este concepto es analizado por Levey en el artículo de reciente aparición, *Hijas e hijos del exilio y cuestionamientos del mito del “exilio dorado”* en la producción cultural del Cono Sur. Allí la autora da cuenta de la construcción de este mito: “La idea del “exilio dorado”, como indica Paredes, fue aplicada de forma generalizada a las personas exiliadas en Europa y Norteamérica (2016), como forma de resaltar las nuevas oportunidades laborales y culturales y la prosperidad relativa y privilegio de la que los exiliados disfrutarían en tierras lejanas. Este relato, parcializado hacia los aspectos positivos del exilio, evita matizar tanto el contexto histórico-político y la naturaleza de ese exilio como el carácter divergente y complejo de las experiencias en el país de acogida” (2023, p. 99).

Yo ya soy grande, tengo siete años pero todo el mundo dice que hablo y razono como una adulta. Los hace reír que sepa el nombre de Firmenich, el jefe de los Montoneros [...] A mí ya me explicaron todo. Entendí y voy a obedecer. No voy a decir nada. Ni aunque me hagan daño. Ni aunque me retuerzan el brazo o me quemen con la plancha. Ni aunque me claven clavitos en las rodillas. Yo ya entendí hasta qué punto callar es importante (2008, pp. 19-20).

Esas lenguas-territorio conforman una especie de significante siempre diferido que se hila a la experiencia del estar *au-delà*, en ese otro territorio, en un más allá donde se intenta construir un espacio habitable.

Las narraciones de las hijas están repletas de descripciones ligadas a las sensaciones, ya que relatan la angustia, las frustraciones, los miedos se hacen presentes en las novelas, pero también sus aprendizajes. Como sostienen Alberione y Gencarelli: “En las obras se destaca una fuerte impronta de lo sensorial -a veces incluso de lo prediscursivo-, asociado tal vez a la temprana edad en que se produjeron muchas de las impresiones y recuerdos que evocan (2023, p. 122).

Formas de entrar en una lengua

Nos explica la narradora de *Una casa bajo la nieve* la sonoridad de la lengua francesa y el problema del nombre dentro de la comunidad de diáspora: “Cuando mi mamá se enteró de que estaba embarazada, me quiso llamar Aurora, pero no sabía pronunciar ese nombre en francés. Ella pronunciaba horror, en vez Aurore”. Finalmente, su madre la llama Harmónica, y ella dice: “Yo empiezo con una hache, para que suene más francés porque en este país hay un montón de letras mudas [...] Por más esdrújula que sea, mi nombre no lleva acento en castellano, porque fui anotada en Francia y los nombres no se deben traducir” (2021, pp. 14-15).

Mientras que Laura se preparó antes de partir a Francia con Noémie, una profesora francesa que le enseñó sus primeras palabras en esa lengua nueva cuya sonoridad va a descubrir cuando esté allí: “El francés es una lengua muy extraña: deja caer los sonidos y al mismo tiempo los retiene, como si en el fondo no estuviera muy seguro de querer liberarlos ... y esto fue lo primero que me dije a propósito de mi nuevo idioma” (2008, p.10).

La posibilidad de equivocarse o de que se evidencie su acento español llenan de miedo a Laura, quien hace un trabajo enorme por apropiarse de un perfecto francés, por camuflarse en esos sonidos que vienen de atrás de la nariz. Por eso, la inserción en el espacio escolar será

un desafío para esta niña recién llegada. Y lo será, en otro sentido, también para Harmónica porque no comprende expresiones o comportamientos de la sociedad argentina que la hacen sentir extranjera.

La novela familiar

Como señala Mariana Norandi (2023) las familias exiliadas atraviesan rupturas ligadas, por ejemplo, a la distancia de su tierra de origen, a los afectos que quedaron lejos puesto que el desplazamiento corroe los vínculos familiares por lo cual, esa intimidad que conforma la familia exiliada se encuentra expuesta a ciertas condiciones de ajenidad. Como dice la narradora del texto de Swaig, “El primer mundo no te salva de la descompostura familiar” (2021, p. 131).

En la obra de Alcoba el padre pasa a ser un desconocido ya que cuando lo liberan y viaja a París para reencontrarse con ellas, a Laura le cuesta reconocer su cara, y siente que las letras de sus cartas son más parecidas a él. Finalmente, sus padres se separan y ella y su madre siguen viviendo con Amalia.

En la novela de Swaig también aparece la ruptura de la familia exiliada, la separación de sus padres, la ausencia de su madre primero cuando se va a estudiar Literatura Latinoamericana a la Sorbona y luego su ida a Australia con un novio, para luego quedarse con su padre en una casa llena de fantasmas.

En ambas historias se narra la reunión con otros exiliados, una especie de comunidad en tránsito. En *El azul de las abejas* será Amalia la amiga de su madre que vivirá en los suburbios de Voie Vert y en la obra de Zwaig los extranjeros que paran en su casa.

Vaivenes del exilio

Las familias luego de sufrir un destierro político se instalan en un territorio del que esperan hospitalidad ya que la experiencia del exilio produce una desterritorialización cuyas “subjetividades nómades”, retomando a Alberione, dan cuenta de las singularidades de estas experiencias heterogéneas. Estas obras narran la intemperie, el vínculo con el espacio que se habita.

Esos desplazamientos no solo dislocan el lenguaje sino también el cuerpo de esos “exiliadxs hijxs” conformando una “identidad narrativa” (Arfuch, 2016) a partir de pequeñas escenas cotidianas que dan a ver lo íntimo desde una mirada extrañada. En este sentido, el desarraigo produce una identidad desde ese lugar y una pérdida ligada al sentido de

pertenencia vinculado con ciertas condiciones de existencia. Tanto en las novelas de Alcoba como en la de Swaig aparece la condición de refugiada. Por eso, reconstruir desde los fragmentos aquello que las condujo al exilio, a su vez, habilita redefinir el sentido de su historia. Esos indicios que les permiten pensar la propia historia son saberes vinculados a ciertos objetos: como son las cartas (fundamentales en estas obras), las fotos, una muñeca, una cámara fotográfica que, como señala Fira Chmiel, se conforman como “dispositivos de memorialización” ya que permiten transmitir ese pasado, y forman, en definitiva, una constelación que puebla estas biografías cuyas afectaciones producidas por el terrorismo de Estado emergen también allí, en los objetos recordados, llevados o recobrados.

Por último, podemos aplicar la categoría de “hija exiliada no retornada” desarrollado por Norandi para el caso de Alcoba, ya que es aquella que decidió quedarse en el país que la acogió y que le dio la lengua en la que eligió contarse.

A modo de cierre

Las hijas tramitan y transitan el duelo a partir de una lengua heredada, con palabras que provienen del discurso militante de sus padres y que les permite ir tejiendo su historia. Palabras como “Argentina”, “embute”, “refugiado”, “clandestinidad”, “Montoneros”, “cantar”, “territorio”, entre otras, forman el diccionario de la militancia de los años 70 y adquieren un significado particular en estas obras. Ese registro de la experiencia individual se vincula indeliblemente a una experiencia colectiva y a un trabajo de la memoria.

La posibilidad de darle voz a una experiencia propia hace que estas poéticas irruman como otra forma de contar el trauma. Es el imperativo de armar el relato familiar como forma de exorcizar el pasado desde el presente en un devenir constante hacia otros soportes, modos, procedimientos narrativos en los que aparezca la posibilidad de actualizar esas memorias, de cuestionar ese pasado con la certeza y la fuerza de escribir un relato propio. Dice la narradora de *Una familia bajo la nieve*:

Para eso sirven las fotos, son los testigos de que en un momento algo existió, que alguien hizo algo. Lo mismo con los textos escritos. Queda eso y el resto se puede olvidar y volver a rellenar la memoria de otras cosas. Por eso, hago el esfuerzo de escribir ahora, para permitirme olvidar después (2021, p. 42).

En este mismo sentido dice Alcoba antes de que se inicie *La casa de los conejos*:

Quisiera hacer una última confesión: si al fin hago este esfuerzo de memoria para hablar de la Argentina, de Montoneros, de la dictadura y del terror desde la altura

de la niña que fui, no es tanto para recordar como para ver si consigo, después, olvidar un poco. (2008, p. 14)

Esa disputa entre el olvido y la memoria se inscribe en estas narrativas de la posdictadura en una tensión constante. Así, la posibilidad de configurar un relato desde las ausencias, desde los silencios, los fantasmas y la muerte forman la experiencia del exilio, acarrean la experiencia exiliar de sus padres de la que pueden separarse para nombrarse a sí mismas, para matar un silencio viejo.

Como en el texto de Zwaig, plantar un árbol de ginkgo biloba, un árbol sobreviviente, para crear raíces con las que identificarse.

El legado del exilio puede pensarse como una suerte de experiencia que busca un origen, algunas veces como un “espejo”. En ese ejercicio radical de la memoria, las hijas desafían las verdades establecidas en torno a la experiencia del desarraigo y trazan a partir de los relatos fragmentarios, llenos de vacío, una nueva forma de lo político.

Bibliografía

- Amado, A. y Domínguez, N. (comps.). (2004). *Lazos de familia*. Paidós.
- Arfuch, L. (2016). Narrativas en el país de la infancia. *Alea: Estudios Neolatinos*, 18(3), 544-560. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33048019011>
- Arfuch, L. (2020). La trama del exilio en la emergencia del presente. *Confabulaciones. Revista de Literaturas de la Argentina*, (2), 1-12. <http://ojs.filo.unt.edu.ar/index.php/confabulaciones/article/view/359>
- Alberione, E. y Gencarelli, C. (2023). “Tira con tirita y ojal con botón”. Memoria, imaginación y afectos para contar el exilio de la infancia. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(20), 115-134.
- Alberione, E. (2018). Narrativas contemporáneas de los exiliados hijos: esa particular manera de contar-se. En S. Lastra (comp.), *Exilios. Un campo político en expansión*. CLACSO.
- Alcoba, L. (2008). *La casa de los conejos*. Edhasa.
- (2014). *El azul de las abejas*. Edhasa.
- (2017). *La danza de la araña*. Edhasa.
- Chmiel, F. (2023). La artesanía del saber: sonidos, objetos y enigmas en la memoria de las infancias en el exilio. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(19), 89-108.

- (2021). Dos preguntas para un recuerdo: interrogantes para abordar las memorias de infancia durante las últimas dictaduras en Argentina y Uruguay. *Revista Nuevo Mundos Mundos Nuevos*. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/84798>
- Daona, V. (2020). Del testimonio a la novela familiar: La narrativa de Laura Alcoba. En T. Basile y M. Chiani (comps.), *Voces de la violencia. Avatares del testimonio en el Cono Sur*. EDULP.
- Franco, M. (2008). *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*. Siglo XXI.
- González, C. (2018). Testimonio y militancia (1995-2013). En *Historia crítica de la literatura argentina: una literatura en aflicción*. Tomo 12. Emecé.
- Iida, C. (2023). Memorias del exilio. Las prácticas artístico-políticas de Mercedes Fidanza junto a Hijos e Hijas del Exilio. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(20), 135-151.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Lespada, G. (2018). Literatura y genocidio. El terrorismo de Estado en la narrativa argentina. En *Historia crítica de la Literatura Argentina 12: una literatura en aflicción*, 17-49. Emecé.
- Levey, C. (2023). Hijas e hijos del exilio y cuestionamientos del mito del “exilio dorado” en la producción cultural del Cono Sur. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(20), 95–114. <https://doi.org/10.59339/ca.v10i20.572>
- Norandi, M. (2023). Las narrativas de las hijas exiliadas no retornadas uruguayas: un exilio contado en primera persona. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(19), 71-88.
- Peller, M. (2020). Las hijas de la militancia. En Arnés, L.; De Leone, L. y Punte, M. J. (coords.), *Historia feminista de la literatura argentina. En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta* (Tomo V, pp. 497-519). Eduvim.
- Semán, E. (2018). Los juguetes no son tuyos. En S. Mandolessi; J. Blejmar; M. E. Pérez (comps.), *El pasado inasequible* (pp.149-162). Eudeba.
- Swaig, M. (2021). *Una familia bajo la nieve*. Blatt y Ríos.